

V. América Latina¹⁶

1. América Latina: hipótesis y aproximaciones

Al tratar el problema de América Latina ante el horizonte retrospectivo de su historia, quiero hacerlo presentando una serie de hipótesis de trabajo; formulando un conjunto de inquietudes más que de plácidas convicciones, de incertidumbres, más que de tranquilizadoras certezas.

La primera serie de hipótesis podríamos enunciarla como sigue:

1. Toda cultura es síntesis.
2. Nuestra cultura es una contradicción sin síntesis; una continuidad de rupturas sin restauración, una estructura de superposiciones.
3. Hay un proceso de identidad en marcha en el arte y la literatura.
4. No se da este proceso de identidad en el ámbito jurídico y político-social, en donde más bien se presenta la contradicción entre el mundo real y el mundo institucional.

16 Alejandro Serrano Caldera. *La Unidad en la diversidad. En busca de la Nación*. Segunda edición. Ediciones Progreso. Managua, Nicaragua. 1998

La cultura como síntesis se produce cuando diferentes afluentes que concurren en la historia de un pueblo, convergen en un punto común y se entremezclan dando por resultado una expresión cualitativamente nueva, que no es la sumatoria de sus partes, sino la integración de éstas.

En el caso de América Latina, la contradicción se prolonga más de la cuenta y la síntesis plena, tarda demasiado en llegar. Es el drama de nuestra identidad, la marca de nuestra subjetividad que se define en términos negativos, por lo que no somos, ni sólo indígenas, ni sólo europeos, y no por lo que somos, ni siquiera por lo que seremos.

¿Qué es un latinoamericano? ¿Cuál es la naturaleza que nos identifica como tales? Son preguntas que exigen y hieren, no por vanidad superflua, sino por necesidad ontológica.

Las respuestas que demandan estas preguntas han sido y siguen siendo imperativo y obstáculo. Nos retrasan en el avance por otros senderos más universales, a la vez que nos enseñan dolorosamente que la universalidad nos estará negada hasta tanto no hayamos resuelto en la teoría y en la práctica su agobiante reclamo.

La historia se nos ha venido encima sin darnos tiempo para sedimentar nuestras experiencias. En ella hemos pasado, o visto pasar, a nivel de categorías y valores o de prácticas y experiencias, la cultura precolombina, la hispánica dominante, el liberalismo, el Estado Nación, el Marxismo, la Revolución Industrial, la Revo-

lución Tecnológica y los más recientes acontecimientos que han introducido en la realidad del mundo, cambios más profundos que los experimentados en nuestra propia realidad en los cinco siglos transcurridos desde que el europeo tocó tierra americana. Los aceleradores de la historia han interrumpido el ritmo natural de nuestro propio tiempo. La velocidad de los cambios está determinada fuera de nuestro epicentro histórico y geográfico. El tiempo para asimilar las rupturas y apropiarnos de las experiencias externas que nos invaden ineluctablemente es muy corto.

Al producirse el choque de la cultura española con la americana, se produce un doble retardo: el del desarrollo de las culturas aborígenes para siempre abortado; y el del desarrollo de la cultura vencedora, vencida y marginada en Europa, que prolonga su vida en la geografía americana e incorpora su marginalidad, a la masa de culturas y pueblos vencidos.

La Reforma se instala en Europa en las capitales de lo que pronto será el capital y la industria, mientras que la Contrarreforma se refugia en España y se prolonga en América.

Así nacemos a la civilización occidental, anexados a ella como furgón de cola, con un retardo original que pesa hoy más que nunca y que para superarlo se requeriría acelerar la marcha, pero no a ciegas y en forma mecánica como nos proponen hoy y nos han propuesto siempre, sino a partir de la crítica que permita resolver teóricamente las contradicciones y obstáculos entre los cuales todavía nos debatimos.

En este punto, encontramos otro de nuestros grandes problemas: la ausencia del siglo XVIII europeo en nuestra historia, lo que equivale a decir, la ausencia del Racionalismo y la carencia del espíritu crítico.

Lo que pudo haber sido nuestro siglo XVIII, racional y crítico, y lo que podría ser nuestro siglo XXI, fue anticipado en una figura extraordinaria y única del siglo XVII: Sor Juana Inés de la Cruz, mujer excepcional que anticipó la modernidad que nunca hemos tenido y que creó los símbolos de los sujetos históricos que hoy comienzan a perfilarse en la cultura de lo que se denomina la post-modernidad (el feminismo, por ejemplo, a partir de la condición del género y no de adscripciones partidarias o ideológicas, la reivindicación de la libertad y de valores estéticos y eróticos). Como todo el que se adelanta a su tiempo, Sor Juana Inés, uno de los más grandes poetas del Siglo de Oro Español, pagó con humillación y con su propia vida, su feminidad, su refinamiento estético, su espíritu crítico y su visión profética. Su tiempo, y más aun su tiempo enrarecido de los claustros de la sociedad novo hispana, no soportó, ni toleró, su genio creador y su sed de libertad y de conocimientos.

Dicho esto que se refiere más que nada a la interacción dialéctica entre aceleración externa y retraso interno, a esa doble velocidad de los tiempos, el de afuera y el de adentro, y a las posibles causas que han determinado esta contradicción, conviene reafirmar que, a pesar de todos los obstáculos y carencias, América Latina ha enrumbado en un proceso de identidad en el arte y en la filosofía.

La identidad latinoamericana, es decir, eso que nos distingue de los demás y nos da una cierta unidad en medio de nuestras diferencias, se está forjando en la literatura (narrativa y poesía), pintura, escultura, artesanía, música y en un pensamiento que, ha avanzado en la crítica de nuestra historia.

Sin embargo, mientras en el arte y la filosofía caminamos hacia la formación de los referentes a nuestra identidad, en el plano político y jurídico-institucional, continuamos reproduciendo formas y modelos que no responden ni a nuestra idiosincrasia ni a nuestras necesidades.

Esta situación ha engendrado una doble contradicción: avanzamos en el arte y la filosofía por un lado, y en la política y las instituciones, por el otro. Por otra parte, otra contradicción, tal vez la más profunda, se ha arraigado en nuestra historia: proclamamos en la política y en el Constitucionalismo latinoamericano los enunciados generales de la modernidad (El Estado-Nación, el Estado de Derecho, la separación de poderes, la universalidad y generalidad de la ley, el principio de legalidad, la igualdad ante la ley) mientras mantenemos en lo económico y lo social, los principios y la práctica de la sociedad pre-moderna, combinados con la aplicación de recetas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial

Para alcanzar la identidad en los países de América Latina hay que superar la desnaturalización política producto de la adopción acrítica de los modelos dominantes de turno, vicio que nos llega desde la inde-

pendencia, y su divorcio y oposición con las formas y comportamientos, no sólo de la estructura económica y social, sino de la sociedad civil en su conjunto.

Este esfuerzo de identidad mediante la búsqueda de opciones políticas y jurídicas acordes a nuestra realidad, es imprescindible y urgente por ser la política, o los efectos de su aplicación y práctica, un ámbito que concierne a toda la sociedad civil, más que el arte y la filosofía que atañen a sectores reducidos de la población y que deja sus expresiones o planteamientos a nivel de cúpulas y grupos de iniciados.

Una segunda serie de hipótesis podría presentarse como sigue:

1. La contradicción Norte-Sur, ha devenido el centro conflictivo en la actual situación mundial, después de la desaparición de la contradicción Este-Oeste.
2. La automatización, robotización, transnacionalización, globalización, caracterizan actualmente el sistema económico mundial que incluye a nuestros sistemas de producción premodernos.
3. La recomposición geopolítica y geoeconómica del mundo, se expresa a través de la unilateralidad político-militar y la multipolaridad económica.
4. América Latina en medio de sus crisis de identidad, enfrenta la única opción que se le ofrece: integrarse a esa cultura de mercado.

En la disolución de las autocracias de los países del Este, en la desaparición de muchas dictaduras milita-

res en el subcontinente latinoamericano, y del resurgir de las tesis neoliberales, monetaristas y financieras, se ha pasado de la dictadura del Estado a la dictadura de mercado.

La confrontación Norte-Sur, es la confrontación capital-trabajo, que se expresa en la concentración de capital sin precedentes en el Norte y en la miseria, marginalidad y retraso tecnológico en el Sur. El Grupo de los 7 (800 millones de personas) es el centro hegemónico del capitalismo mundial, el que con sus principales instrumentos, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, controla el poder económico mundial. Virtualmente al margen de esta situación quedan Asia, África, Europa Oriental y América Latina, regiones y continentes en los que se congregan 4,000 millones de personas. Este proceso del capitalismo se ve acompañado por la llamada desmaterialización de la producción, debido a que cada vez se requiere menos materia prima en relación al producto, habiéndose observado en la producción japonesa de los últimos 20 años una reducción del 33% de la materia prima.¹⁷

La multipolaridad económica a la que nos hemos referido anteriormente, en realidad se expresa a través del Neotrilateralismo que domina la economía mundial y que está compuesto por los Estados Unidos, Europa Occidental, y el Japón y el sudeste Asiático.

17 Sobre este punto, Xabier Gorostiaga: "Comenzó el Siglo XXI, el norte contra el sur, el capitalismo contra el trabajo". Ponencia presentada en la plenaria del Congreso Latinoamericano de Sociología. La Habana, Cuba. Ediciones CRIES. Mayo de 1991.

América Latina que no ha logrado superar sus contradicciones originarias, que no ha podido definir su estrategia ante la sociedad industrializada, que debe enfrentar con sus economías en bancarrota y con su cultura agredida por la cultura consumista de la Revolución Tecnológica, que debe situarse ante la avalancha de la transnacionalización con una estructura nacional débil y ambigua, debe además, quiéralo o no, enfrentarse a esta nueva situación, a esta estructura de la economía mundial en la que el 77% de la humanidad sobrevive con el 15% de la riqueza mundial y a las políticas neoliberales que imponen el desempleo y los salarios de hambre como costo social que pagan los países pobres y dentro de éstos, los sectores más desamparados para lograr la reducción de la inflación y del déficit fiscal.

Junto a esta nueva situación geopolítica y geoeconómica mundial, hay que agregar, o mejor integrar, el marco teórico en que estos acontecimientos se desenvuelven, la filosofía que lleva a afirmar que hemos llegado no sólo al fin de la guerra fría, sino al fin de la Modernidad. Hemos entrado en los límites en que agoniza el siglo XX en los umbrales donde comienza el siglo XXI, a una nueva cultura, o quizás a una nueva civilización: la Postmodernidad. Otros como Fukuyama, van todavía más allá y nos hablan del fin de la historia.

Una tercera serie de hipótesis nos permite plantear lo siguiente:

1. La postmodernidad es la devaluación del futuro, la caída de las utopías y la cancelación de la certeza.

2. América Latina y los latinoamericanos, enfrentamos la postmodernidad desde el ámbito de la premodernidad.
3. Se está llegando, si no se ha llegado ya, a la convicción de que es imposible formular explicaciones globales de la realidad. Estamos pues, ante lo que se ha dado en llamar la Sociología de la Fragmentación, en plena era de la globalización.
4. Mientras América Latina no ha podido llegar a la identificación de un común denominador que de unidad a su experiencia histórica; la experiencia mundial y la post-modernidad nos evidencian la crisis de los valores absolutos y de los sistemas.

La idea del futuro ha sido esencial en todas las utopías políticas y en el pensamiento racionalista que inaugura y fundamenta todo el desarrollo de la modernidad.

A esta idea va ligada la del progreso y la del tiempo lineal ascendente mediante la cual todo tiempo futuro significa un avance cuantitativo y cualitativo con respecto al anterior.

La Modernidad en tanto que interpretación lineal de la historia y la historia, en tanto que búsqueda incesante del futuro, tal como hoy la concebimos a la altura de nuestro tiempo, es resultante de la influencia de una serie de experiencias: el racionalismo, el evolucionismo darwinista, la concepción de la historia en Hegel, el avance de las formas sociales mediante la lucha de clases en Marx, el cristianismo monoteísta.

Todos ellos, desde sus respectivos puntos de vista, responden a la idea del progreso como concatenación de etapas sucesivas que van hacia adelante: la superación por el desarrollo de la razón, la evolución biológica de las especies, el avance espiral progresivo de la historia, la marcha de la historia hacia el reino de la justicia social en la sociedad sin clase, la historia como tiempo intermedio de la humanidad, comprendido entre el momento de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso Terrenal y el momento en que el ser humano, expresado solamente como alma, llega a través de la muerte a su propia eternidad, que puede ser de felicidad o de suplicio.

Entre el Paraíso Perdido y el Paraíso Recobrado (o el infierno merecido) está la historia humana.

La historia va tras el futuro. Con el fin de la vida termina el futuro, con el fin del futuro termina la historia y el tiempo histórico. Después de la muerte se inaugura la eternidad del presente, es la abolición del futuro, la incorporación del instante infinito en donde nada cambia ni se modifica pues todo es igual a sí mismo en su beatitud o en su condena.

De alguna manera y a pesar del resurgir de las religiones, la idea del futuro ha perdido fuerza, es uno de los signos de la crisis de la modernidad como interpretación unilineal de la historia, de las ideologías como construcción racional de la utopía social y política cuya realización se inscribe siempre en el futuro, de los modelos y arquetipos sociales como globalidades teóricas a las cuales debe adecuarse la realidad.

La reiterada inadecuación de la realidad a sus modelos y paradigmas, ha producido, como característica de nuestro tiempo una especie de incredulidad ideológica y de escepticismo moral ante toda construcción universal y sistemática y la búsqueda de soluciones concretas a los problemas que nos circundan o que nos absorben.

El “aquí y ahora” ha devenido categoría política, ética y estética; el hoy se impone sobre el mañana, el presente sobre el futuro. A diferencia del existencialismo desesperado de la post-guerra, los valores de la post-modernidad parecieran tratar de afianzarse con vigor en el presente. Niegan el futuro, sí; pero para afirmar el presente y lo inmediato. Rechazan las globalidades homogéneas y proclaman la riqueza y heterogeneidad de la vida, el imperativo de la tolerancia, el reconocimiento de las diferencias, el diálogo y el disfrute del placer estético y erótico.¹⁸

Este cuadro general que algunos han llamado “Sociología de la Fragmentación”, se completa como todo proceso dialéctico, con un par de contradicciones. Por una parte, mientras se devalúan los arquetipos sociales y los modelos ideológicos, se globalizan en forma homogénea las construcciones económicas y los fundamentalismos monetarios y financieros.

Por otra parte, mientras se debilita la fe ideológica, se fortalece la religiosa y se exacerban los fundamentalismos con una fuerza más propia de las pasiones me-

18 David Fernández. “La Postmodernidad como desafío. (Apuntes para un manifiesto)”. Revista de Teología y Ciencias Humanas. México, D.F. México. Pág. 52.

dioevales que de la racionalidad fría y calculadora que se dispone a transponer los umbrales del nuevo siglo y del nuevo milenio.

Pareciera que hay un flujo y reflujo y una hegemonía por turnos entre la religión y la ideología, y que el terreno que una gana lo pierde la otra. Sin embargo, a pesar de la veleidad ante la religión o la ideología, o quizás a causa de ella, hay algo que permanece constante y es la fe: la fe en la recuperación del paraíso perdido, en las utopías políticas o en las certezas científicas.

Por todo ello, la devaluación de los arquetipos sociales o morales, es relativa y con esto volvemos al principio de nuestra reflexión para afianzar un poco el enunciado inicial.

Quizás a estas alturas podemos decir, sin pretender hacer un inventario de valores y solamente como una simple aproximación, que en el mundo que estamos viviendo, eso que se ha denominado post-modernidad, puede verse en la quiebra de los arquetipos ideológicos y de los absolutismos políticos y científicos y comparte su presencia en este tiempo complejo y difícil, con otras expresiones que le son no solamente diferentes sino también contradictorias.¹⁹

En este panorama de corrientes encontradas y revueltas, se encuentra América Latina, Nuestra Améri-

19 Alejandro Serrano Caldera. *El Doble Rostro de la Postmodernidad*. Editorial El Amanecer S.A. Programa de Solidaridad del Consejo Universitario Centroamericano (CSUCA). 1994

ca, víctima, una vez más, de sus propios vicios e ineficiencias, y de las trampas de la historia. América Latina es víctima de una doble orfandad: la orfandad de sus certezas ideológicas y de sus estrategias económicas. La primera, pone en relativa crisis el sistema de sus partidos políticos, por lo general, depositarios de las verdades recibidas de fuera. Al entrar en crisis las ideologías, entran en crisis los partidos políticos, que son los instrumentos de su conducción y los mecanismos encargados de tratar de llevarlos a la práctica. La segunda, acentúa el vacío inveterado de sus estrategias de desarrollo y en nombre de la libre competencia se enreda más en las amarras de la “dictadura de mercado”.

Víctima, pues, por turnos, o al mismo tiempo, de una doble hegemonía, la política y la económica, debe enfrentar los enormes desafíos de la postmodernidad, sin haber logrado entrar a la modernidad.

Mientras para los países industrializados y tecnológicamente desarrollados, la crisis se manifiesta por estar saliendo de la modernidad, para los países de América Latina la crisis se expresa por no haber entrado todavía en ella lo que no excluye que sufra el impacto de sus efectos.

Junto a esta crisis no resuelta, se agrega una nueva que se desprende del cuadro general de la estructura económica, sociológica, política y cultural del mundo.

De nuevo los aceleradores de la historia nos colocan de espaldas al muro y a contrapelo de la historia.

¿Qué hacer ante esta situación? ¿Están cerrados para nosotros todos los caminos de la historia? ¿Existen algunas alternativas? ¿Cuáles son éstas?

Ante esa situación y estas preguntas, creo que, por difícil que sea la situación, hay alternativas. No hay soluciones fáciles porque no hay respuestas simples a los problemas complejos, pero hay un reto que no podemos eludir y una reflexión y acción crítica que no podemos retardar.

Eso que hemos llamado los *aceleradores de la historia* producen en nuestras sociedades, *acumulaciones históricas* que hacen más pesada la carga y más difícil la solución de los problemas.

Cada coyuntura histórica no resuelta se acumula y cada nueva generación tiene que hacerse cargo de un sedimento de problemas no solucionados, de ese precipitado de complejidades históricas a las que debe enfrentarse.

A los problemas de identidad producidos por el choque de culturas, de la ruptura y superposición ideológica-política producida por la contradicción entre la estructura económica y social y la superestructura institucional, jurídica y política, de la Revolución Industrial y de la Revolución Tecnológica, se agregan ahora, los propios de la crisis de la modernidad, con todas sus expresiones ideológicas, económicas, culturales, políticas y axiológicas.

Ante este cuadro general, nos atrevemos a proponer una nueva serie de hipótesis para tratar de aproximarnos a las posibles alternativas. Estas son:

1. Necesidad de formular un pensamiento crítico que se haga cargo de nuestra situación ante los cambios ocurridos en el mundo y la aparición de nuevas tendencias dominantes.
2. Valorar la situación de las ideologías, su agotamiento o posibilidades, como fuerza desencadenante de los procesos históricos en la región.
3. Analizar en forma crítica los partidos políticos, su vigencia histórica y su agenda política ante el nuevo contexto latinoamericano y mundial y la crisis de las ideologías y de las hegemonías.
4. Estudiar los nuevos sujetos sociales, movimientos que priorizan la agenda nacional, movimientos de mujeres, de ecologistas, de jóvenes, y valorar los alcances históricos de sus planteamientos y acciones.
5. Elaborar una nueva Ética Política, entendida como un “saber de valores morales” como la define José Ferrater Mora, y como un “conjunto de reglas de comportamiento y formas de vida a través de las cuales tiende el hombre a realizar el valor de lo bueno”, según Eduardo García Maynez.

“El bien de cada actividad -dice Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*- es el fin a que ella tiende. Todos los actos del hombre persiguen una finalidad determinada y en la consecución de ella encuentra su propio bien”.

6. Elaborar nuevas categorías políticas. Nuevas en la mayoría de los casos por antiguas y olvidadas, por repetidas sin convicción o con la convicción de su uso fraudulento para engañar y manipular.

Categorías que funden la política, como en sus orígenes, en la *polis*, la ciudad, la comunidad, el Estado y la sociedad civil, que recuperen al ser humano en su individualidad concreta en lugar de la abstracción de Humanidad, con mayúscula, que ha servido de pretexto para destruir al hombre y a la mujer, con minúsculas, para oprimirlos y privarlos de su libertad esencial.

Categorías que incorporen valores como la tolerancia, el diálogo, la flexibilidad, la crítica y sobre todo el reconocimiento del otro, del que no piensa como nosotros, en lugar de su descalificación y destrucción.

7. Formular un nuevo lenguaje político, que exprese las nuevas categorías políticas y la nueva realidad y que deje a un lado las palabras devueltas que han perdido sentido a fuerza de ser usadas y abusadas.
8. Construir una nueva cultura política que supere la “esquizofrenia” latinoamericana entre el mundo real y el mundo jurídico-político y que recoja los mensajes de esa realidad y los integre a la nueva ética, al nuevo lenguaje y a las nuevas categorías, en fin, a la nueva política.
9. Propiciar amplias alianzas internas y externas, nacionales e internacionales, sobre la base de los nuevos valores y categorías.
10. Favorecer alianzas de los nuevos sujetos políticos y sociales a nivel nacional y de igual forma a

nivel internacional no sólo con los pueblos del sur, sino también con esos nuevos sujetos históricos en el Norte, pues no hay que olvidar que así como hay un Norte en el Sur (los sectores que representan más los intereses de los organismos de financiamiento mundial o de las transnacionales que los de sus propios países) hay un Sur en el Norte, identificados con los valores de libertad, identidad, justicia social y descolonización, tanto internacional como interna.

11. Elaborar una formulación global alternativa ante la hegemonía autocrítica del partido vanguardia, de las burocracias estatales y de la economía centralizada y la hegemonía del sistema neoliberal cuyos costos sociales son el desempleo, el congelamiento de salarios, los presupuestos recesivos, la injusta política tributaria y la anulación de los beneficios sociales.
12. Procurar que esta formulación global alternativa fundamente una estrategia del desarrollo económico a partir de políticas sociales, de estabilidad, generación y promoción del empleo y de políticas salariales. Asimismo, y dentro de un marco social claramente definido y de protección a la soberanía nacional, propiciar políticas de inversión de capital nacional y extranjero, para aplicarlo a la producción y a la productividad.
13. Estructurar políticas educativas que integren la educación primaria, secundaria y técnica en la educación superior, teniendo en cuenta que no hay desarrollo posible sin una sólida educa-

ción superior capaz de producir los científicos, técnicos, humanistas y profesionales necesarios al desarrollo en cada país.

14. Coordinar las políticas educativas con las políticas de desarrollo nacional de tal forma que haya una adecuación entre las necesidades prioritarias contempladas en los planes de desarrollo y la formación de científicos, técnicos y profesionales que ese desarrollo necesita.
15. Concebir y actuar el desarrollo como un proceso nacional y, por coordinado e integrado, como un proceso regional, que tiene en cuenta las necesidades, opciones y objetivos básicos de cada país y de la región en su conjunto a partir de las raíces y propósitos comunes dentro de los cuales son parte esencial los valores históricos y la identidad cultural de nuestros pueblos.

Un proceso de desarrollo capaz, al mismo tiempo, de afianzar nuestra idiosincrasia y de integrar e integrarnos a los procesos mundiales, económicos y financieros en adecuadas condiciones técnicas y de modernización, sin que esto nos lleve a desnacionalizarnos y a perder la identidad como pueblo y como región.

16. Procurar la eficiente transnacionalización de esta lógica alternativa.
17. Buscar una nueva síntesis histórica.
18. Rescatar lo mejor de la herencia humanista premoderna y moderna.
19. Propiciar el fortalecimiento de la sociedad civil y de sus organizaciones.

20. Favorecer la tecnificación y modernización del Estado para una mayor eficacia y con el objeto de fortalecer su participación en la promoción y coordinación de los procesos políticos, en la regulación de los fenómenos sociales y en la distribución del ingreso y la riqueza nacional.
21. Estructurar una respuesta colectiva al problema de la deuda.
22. Propiciar la integración económica y la concertación política.
23. Asumir el Acuerdo Social y el Proyecto Nacional en cada uno de los países y sobre los principios y bases filosóficas antes enunciados, como una instancia para actuar la libertad, la democracia, la justicia social y la independencia nacional. Para tener una base regional común, política, económica y social que favorezca nuestra unidad y posibilite, sin el daño de la desnacionalización, explotación económica, marginalidad y pérdida de identidad, nuestra integración a la próxima centuria.

2. América Latina: Realidad y proyecto

El concepto de mestizaje alude a una nueva dimensión histórica que resulta, principalmente, del encuentro de la cultura española y la indígena.

Al expresar en diferentes ocasiones que nuestra historia es una contradicción sin síntesis, una serie de rupturas sin restauración, he querido señalar también que el mestizaje, a estas alturas no puede considerarse realidad integral capaz de conferirnos una naturaleza histórica específica.

Al no negarla, sino al considerarla irrealizada por parcial, claramente se le asume como un objetivo a alcanzar, en plenitud, como un ideal, cuya vigencia consiste, precisamente, en no haberse logrado todavía.

Entiendo el mestizaje como la síntesis sin la cual ninguna cultura específica y ninguna identidad son posibles. Síntesis, a su vez, es la resultante del choque dialéctico de los contrarios, con una individualidad y una naturaleza cualitativamente propia que difiere y trasciende a una sumatoria y a una superposición de características diferentes.

Síntesis, o mestizaje para el caso, es una cultura específica, una nueva identidad, una naturaleza particular que identifica. ¿Formamos los latinoamericanos una cultura específica? ¿Existe una identidad común en que se fusionen los afluentes originarios de nuestro ser histórico y en que se integren las diferencias múltiples que nos conforman? ¿Constituimos un ser histórico individualizado que pueda ser reconocido como tal en su naturaleza y cultura, diferente a la naturaleza y cultura española, indígena o negra?

Estas preguntas atormentan al latinoamericano desde comienzos del siglo XIX cuando es lanzado a la historia universal, con independencia pero sin identidad, y una especie de culpabilidad originaria, y de complejo acusatorio que perturba el entendimiento y la capacidad de análisis.

Muchos piensan que no debemos seguir deteniéndonos en ese punto, pues tal actitud lastima, al mantener

el dedo sobre la herida dolorosamente abierta. Así se estimula una rebelión constante de la mitad de nuestro ser contra su otra mitad, manteniéndonos en forma permanente escindidos y desgarrados, avivando nuestros resentimientos y rencores contra una parte de nosotros mismos en un círculo vicioso de estancamiento y autodestrucción, atados a un pasado que nos destruye en detrimento de un futuro que podría liberarnos.

El olvido de ese drama originario -se piensa por algunos- sería lo mejor para superar esta ontología del desgarramiento y para desatarnos de un problema particular que nos impide abrir las alas hacia un horizonte universal. Frente a estas reflexiones convendría recordar que sólo se es universal a partir de la afirmación de la propia singularidad histórica, sin la cual, cualquier intento de universalidad carecería de sentido y devendría una mera abstracción sin contenido; vacía por carecer de sustancia por ser sólo una construcción de la razón, sin tiempo y sin historia, como un teorema o una figura geométrica.

Además, sólo es posible un futuro, en sentido histórico, cuando se parte de un pasado, y sólo es posible un pasado, como antecedente que alimenta la identidad y el ser particular, cuyo desarrollo es precisamente la construcción del futuro, cuando se ha fijado una cultura como sustancia, como naturaleza nueva en la que se han fundido los múltiples afluentes de nuestro ser originario.

Por ello es imprescindible responder a esas preguntas y volver la vista a ese ser originario desgarrado, mu-

ñón ontológico que nosotros debemos completar desde la distancia en el tiempo, pues sólo desde él podremos recuperar la plenitud histórica truncada por rupturas sucesivas: la conquista y la independencia, la colonia y la república, las que no nos han dejado tiempo de asentar nuestra personalidad como pueblos y de afirmar nuestra identidad histórica. Por ello cuando hablemos del mestizaje, debemos hacerlo teniendo en cuenta estos elementos que de entrada nos presentan un problema variado y complejo.

Cierto que existe un mestizaje biológico producto principalmente del cruce del macho español representante de la cultura dominante y la hembra indígena componente del pueblo vencido. Nosotros, en la gran mayoría somos descendientes de ese acto originario de violencia.

También en el arte existe el mestizaje como síntesis, como esa tierra del espíritu en que se asienta y habita el genio creador del latinoamericano, en la poesía, la narrativa, la pintura, la artesanía, la música, la filosofía.

Es evidente que en estos dominios se ha ido creando una expresión propia de altísimo valor y calidad, y produciendo una cultura específica y una identidad, portadora de valores universales, que nos identifica y distingue.

Mientras esto se produce en el plano del arte, de la literatura y más recientemente en el plano del pensamiento crítico, la contradicción se profundiza en el ámbito de la realidad socio-política y jurídica. El Constitucionalis-

mo latinoamericano y sus sistemas legales, preceptúan modelos y normas de comportamiento diferentes y contradictorios con las formas de organización social.

Esta contradicción entre la ley y la realidad, entre el universo jurídico y el universo político-social ha distorsionado nuestra vida republicana e impedido la reafirmación de nuestra identidad.

Si mucho se ha avanzado en el ámbito de las artes, la artesanía, la literatura y la filosofía, muy poco se ha conseguido, sin embargo, en cuanto a la creación de la identidad como conciencia colectiva pues no hay que olvidar que la poesía, la narrativa, la pintura y más aún el pensamiento filosófico, se desarrollan en ámbitos minoritarios y privilegiados, sea desde el punto de vista cuantitativo que cualitativo.

A excepción de la música popular que ha sido en América Latina el más extraordinario vehículo cultural de integración, las otras expresiones de la cultura, como ya lo hemos dicho, han quedado referidas a sectores restringidos.

En cuanto a la política, por lo que influye en el comportamiento cotidiano de la población, debe ser el más eficaz instrumento de integración.

Las leyes, la libertad, la represión, los salarios, el empleo (o el desempleo), la producción, la salud, la educación, la vivienda, la alimentación, etc., atañen, porque afectan de una o de otra manera, a toda la población y a su conducta y comportamiento.

No obstante, por razones perfectamente identificables en la propia estructura histórica de nuestras sociedades, la política ha sido el más rotundo fracaso de la experiencia latinoamericana en su vida republicana, la expresión más palpable de nuestra falta de identidad, y, hasta hoy el mayor obstáculo para alcanzarla.

Mientras no logremos hacer de la política un ejercicio que corresponda a nuestra propia realidad y que exprese las dificultades y la naturaleza de la sociedad, mientras la política siga siendo una experiencia extraña y superpuesta a la idiosincrasia de nuestros pueblos, difícilmente alcanzaremos la identidad, pues ese modelo y ese ejercicio político transferido y ajeno, será entre otras cosas, el obstáculo principal para reafirmar el sentido de Nación y nuestro ser histórico.

América Latina es en estos momentos una embarcación con remeros que reman en sentido contrario; el arte, la literatura, la filosofía la conducen hacia la reafirmación de la identidad y hacia la universalidad de la cultura. La política, en donde está el mayor número de remeros y los más fuertes, rema, consciente o no, hacia la falsificación, la desnaturalización y la mala copia, avanzando a contrapelo de la historia y en dirección contraria al puerto hacia donde deberíamos enrumbarnos.

La crítica teórica del pensamiento político, de los orígenes republicanos del cual proviene el actual, es imprescindible. Sólo determinando con precisión las causas de nuestra inautenticidad política, jurídica e institucional, podremos abrir un debate fructífero para

crear una conciencia general del problema y de sus posibles soluciones.

3. Proyecto Nacional y cultura democrática en América Latina²⁰

El problema de la identidad latinoamericana, y por ende la nuestra, lo mismo que el problema político, jurídico e institucional está ligado a la ausencia de un auténtico proyecto nacional.

El concepto de proyecto nacional que usamos aquí trasciende a la idea de un conjunto de acuerdos políticos que permita gobernar sin confrontaciones violentas, para inscribirse en la búsqueda de una auténtica identidad cultural, a partir de las raíces originarias y de las características propias que nos define como entidad histórica.

Los acuerdos políticos y económicos son necesarios pero no suficientes si no son integrados a una base común formada por esos rasgos propios y fundamentales.

Acuerdos políticos de diferente tipo y alcance han habido muchos a lo largo y ancho de esta historia republicana, sin que hasta ahora se haya podido consti-

20 Dos años después de publicada la primera edición de este libro, en 1993 en el cual utilizamos el término y el concepto de Proyecto Nacional, se fundó un partido político con ese nombre. El término y concepto de Proyecto Nacional lo utilizamos por primera vez en 1992, en uno de los Foros de Política Nacional, "La Nicaragua Posible", inaugurados bajo mi Rectoría en la UNAN Managua, en agosto de 1990. Sirva esta explicación necesaria para dejar claras, tanto la independencia del término y sentido del Proyecto Nacional utilizados en esta obra, con respecto al partido político del mismo nombre, como la anterioridad del uso del mismo en este libro. Para evitar cualquier error, esperamos con esta explicación dejar aclaradas la procedencia del uso de ese término en Nicaragua.

tuir un verdadero proyecto nacional que contribuya a dar estabilidad e identidad al acontecer político y al ser histórico.

Por todo ello la construcción de un proyecto nacional exige analizar el pasado, identificar las características históricas y constatar los vacíos.

La naturaleza del problema político que Nicaragua, y en general América Latina, enfrenta actualmente, no sólo no es ajeno a esas presencias y ausencias en nuestra historia, sino que está determinado por las mismas. Podríamos ensayar algunas hipótesis acerca de las formulaciones anteriores.

Entre otras aproximaciones podría decirse que en la historia de estos últimos quinientos años no se ha producido una síntesis integradora de los diferentes afluentes de los que se nutre nuestra cultura.

Nuestro origen es una ruptura sin síntesis pues la fractura originaria no ha podido ser restaurada. La pérdida de la raíz cultural indígena y la recepción de la cultura de España que estaba no sólo al margen de la modernidad sino en lucha contra ella, han determinado nuestra naturaleza pre-moderna y en consecuencia, la dificultad de insertarnos en la Modernidad o de integrar ésta en el origen de nuestra formación como Nación.

Hemos asumido la cultura española (pre-moderna) o mejor dicho la cultura española nos ha asumido incorporándonos a ella; pero no hemos asumido ni hemos sido asumidos por la cultura europea moderna.

De alguna manera pervive la desintegración de nuestra cultura: el folklore, por un lado y los valores, formas y prácticas de la cultura dominante, por el otro; además, sobre nuestra realidad desintegrada han caído los residuos de la sociedad industrial y tecnológica.

Sin embargo, hay signos de integración de lo que podría considerarse una cultura propia, en la música, la pintura, la literatura, la poesía, la artesanía, la filosofía.

Esta tendencia debe asumirse de manera consciente y reafirmarse en una síntesis indo hispana (nuestra identidad) para asumir la modernidad y las transformaciones de la Revolución Industrial y Tecnológica.

Como toda historia, la nuestra es de rupturas y de continuidades, sin que ese proceso de identidades y contradicciones (y eso es lo propiamente nuestro) haya podido superar la superposición y resolverse en la integración y en la síntesis.

Una de las muestras más claras de nuestra desintegración es la política y por ende, su efecto en la sociedad, el derecho y las instituciones.

De ahí que, y salvo ciertos momentos transitorios de nuestra historia, nos ha sido muy difícil alcanzar la democracia política, precisamente porque ésta ha sido un factor extraño a nuestra cultura y a sus principales afluentes: la cultura política indígena y la española, ambas autoritarias, jerárquicas, clasistas, patrimonialistas y teocráticas.

Por ello, ha sido muy difícil que las ideas y las formas democráticas provenientes de la ilustración y de las revoluciones inglesa, francesa y norteamericana, germinen en nuestra tierra. Extrañas como han sido a nuestra idiosincrasia y cultura, difícilmente podían consolidarse y desarrollarse, sin ningún antecedente ni proceso de adaptación que las hiciera viables.

El Estado colonial se caracteriza por un mecanismo de balanzas y contrabalanzas. El poder central estaba en España, en la Corona. El poder delegado en los Virreyes, en los Capitanes Generales, en los Gobernadores. La Corona controlaba el poder de los Virreyes mediante la limitación de sus períodos, los que, en última instancia, dependían en su duración de la voluntad del monarca, y, con la prohibición de llevar consigo a sus hijos e hijas los que permanecían en la Metrópoli. Además, estaba la Real Audiencia que era al mismo tiempo mecanismo de Gobierno y de control al Virrey, y los visitadores que evaluaban e informaban sobre la labor de los Virreyes.

Junto al poder civil y militar estaba el poder de la Iglesia y de sus príncipes: Arzobispos y Obispos que de hecho tenían una influencia grande en la Corte y en general en toda la vida política. El poder de los Municipios se sumaba al complejo tejido de poderes y contrapoderes de la sociedad colonial.

Rasgos esenciales de la Modernidad fueron el Racionalismo y la Reforma y la versión de éstos en todos los órdenes de la vida política, económica, social, cultural, religiosa y ética. A partir de esa consideración se

colige que todos los seres humanos tienen una esencia común en la razón y por lo tanto, en principio, todos son iguales, sin más diferencias que las que establecen su capacidad, su voluntad y su esfuerzo.

Sobre la dimensión racional común, la Reforma Protestante sobre valoró el trabajo, la utilidad, la competencia y la riqueza, no sólo como acciones legítimas, sino como virtudes morales y religiosas.

La riqueza, entonces, no sólo fue un bien material, sino un bien moral, sentándose así las bases materiales y el espíritu religioso del capitalismo, una de las columnas de la modernidad.

Por su parte, el Estado-Nación fue la consecuencia jurídica, política e institucional del triunfo de las ideas de la Ilustración, de la filosofía liberal y de las Revoluciones Inglesa, Francesa y Norteamericana. El triunfo de Rousseau, Voltaire, Condillac, Constand, Diderot, D'Alambert, Hume, Locke, Hobbes, Jefferson, fue el triunfo de la democracia sobre el origen divino del poder; de la república y de las monarquías constitucionales sobre el absolutismo monárquico.

El Estado-Nación fue el fortalecimiento del poder central frente a las contrabalananzas o contrapoderes. Desde un cierto punto de vista fue el triunfo del poder central monárquico sobre el poder feudal y corporativo; aunque desde otro punto de vista haya significado la derrota del absolutismo y del origen divino del poder por el triunfo de la Ilustración, el Enciclopedismo y la filosofía liberal, lo mismo que de las ideas de la

democracia que se sustentan y legitiman en la voluntad popular.

La democracia moderna, nace sustentada en la razón, el liberalismo y el capitalismo, que a su vez se apoya principalmente en las ideas de la Reforma Protestante, en la igualdad ante la ley, en la generalidad de la ley, en el Estado-Nación, en el fortalecimiento del poder central, y, consecuentemente, en el debilitamiento de los poderes intermedios.

La sociedad colonial, por el contrario, se funda en la religión cristiana, en la fe, en la Contrarreforma, en el régimen estamentario, en las jurisdicciones especiales, en la Corona y en el complejo sistema de poderes y contrapoderes, balanzas y contrabalanzas, en una economía híbrida entre el feudalismo y el mercantilismo y en un sistema jurídico de relaciones sociales en el que están presentes, los repartimientos, la encomienda y la servidumbre y otras formas que lindan con la esclavitud por un lado y con el asalariado por el otro.

La Independencia que fue la rebelión de los criollos contra los peninsulares, motivada principalmente por privilegios económicos y por el control del aparato político y administrativo, se inspiró en el pensamiento de la Ilustración, en la Declaración de los Derechos del Hombre y en el Acta de la Independencia de los Estados Unidos de América.

La instauración del Estado-Nación, de la democracia y la vida republicana en las colonias españolas, se

encontró con una serie de problemas fundamentales. Entre otros:

1. La falta de antecedentes democráticos en la sociedad colonial, lo que hizo a las ideas y formas de la democracia y del sistema republicano expresiones extrañas al cuerpo social y político en el que se insertaban.
2. Esta situación fue más allá de una ausencia de antecedentes para transformarse en una auténtica contradicción, no resuelta aún, entre la forma jurídica-institucional y la organización y valores sociales, económicos y culturales. La contradicción entre la ley y la realidad.
3. Además de la contradicción jurídica y social, se produjo otra contradicción integral entre dos mundos en pugna y excluyentes: el mundo de la Reforma y el de la Contrarreforma. El primero inauguraba la modernidad en Europa; el segundo que agonizaba en el viejo continente, aparecía como un fenómeno nuevo en las colonias americanas.
4. El movimiento de Independencia fue un movimiento de criollos, es decir, de cúpulas económicas y sociales ligadas al resto de la sociedad por un sistema de jurisdicciones y jerarquías, pero separados en la nueva Nación por estamentos económicos y sociales, sin vasos comunicantes y sin capilaridad, a pesar de los enunciados constitucionales y legales de la igualdad jurídica.
5. Cabe señalar, la falta de una crítica teórica a la sociedad colonial que preparara el advenimiento

de la vida republicana como la culminación de un proceso, así como la realización en la práctica de la teoría revolucionaria e independentista que estuviese en posibilidades de adaptar la modernidad a las esencias y raíces culturales de la sociedad colonial.

6. Finalmente habría que decir que la falta de integración de la modernidad a la sociedad colonial, fue consecuencia de la falta de un auténtico sincretismo entre la cultura indígena y la española. La sociedad colonial no fue una integración, sino una ruptura y una superposición de la cultura dominante y de la sociedad hegemónica sobre la cultura y la sociedad dominada. No se había asentado aún como expresión cultural la sociedad colonial, cuando una nueva ruptura y una nueva superposición interrumpió ese proceso histórico, sin haber sido capaz esa nueva forma de organización social de producir la integración y la síntesis de entre la serie de rupturas y desgarramientos sin restauraciones.

Nicaragua con sus especificidades, es parte de esa historia común de América Latina por lo que, con esas observaciones hechas, no es difícil comprender que la falta de democracia política en nuestra historia, no sólo es consecuencia de condiciones personales o familiares que se han sobrepuesto a los intereses nacionales, sino de problemas históricos y estructurales en el proceso de organización de nuestras formas sociales.

Es imprescindible, entonces, la existencia de un proyecto global de sociedad, imprescindible no sólo para

gobernar y dar estabilidad a nuestro país, sino también para darle identidad y sentido de Nación, pues una Nación no es solamente la pertenencia a un conjunto de valores que forman un común denominador, sino la convergencia de metas y objetivos comunes, organizados adecuadamente en la estrategia de un proyecto nacional.

Somos una sociedad en permanente coyuntura, en la que la discontinuidad y la ruptura, constituyen la característica dominante, esa situación ha impedido realizar el desarrollo que nos es propio y que exige una mínima estabilidad producto de la concertación y del acuerdo social.

En vista de todos esos antecedentes, resulta claro que se impone como tarea política inmediata y a la vez estratégica la búsqueda de la integración y de la síntesis que permitan sentar sólidamente las bases de nuestra identidad nacional.

En ese sentido es necesario un auténtico sincretismo que funde nuestra verdadera nacionalidad al integrar lo que pervive de las tradiciones coloniales con los valores de la modernidad adaptados mediante un permanente ejercicio de crítica teórica.

En todo caso, cualquier esfuerzo de síntesis debe orientarse al fortalecimiento de la sociedad civil y de los poderes sociales y locales: asociaciones, sindicatos, partidos políticos, movimientos cívico-políticos, juntas comunitarias, Alcaldías y Consejos Municipales, que permita dar pie a un sistema de contrapoderes para

limitar las tendencias tradicionalmente hegemónicas del Estado.

De esa manera se recuperaría parte valiosa y posiblemente vigente de nuestra tradición política y administrativa, enraizada en alguna forma en nuestra práctica histórica y se integraría a conceptos y formas de la cultura política moderna que deriva del Estado-Nación y de la democracia representativa.

Junto a lo dicho, debería desarrollarse teórica y orgánicamente el concepto de democracia participativa que garantice a todos los sectores de la comunidad nacional, el acceso a los bienes materiales, intelectuales y culturales de su sociedad y que haga de la democracia no solo una práctica electoral periódica, sino una forma de realización de la persona humana y de los grupos sociales, en un marco de libertad y de justicia social.

En ese marco y para completar el concepto y práctica de democracia, es necesario plantear teóricamente el concepto de la democracia en las relaciones internacionales, basada en el respeto a la soberanía, a la autodeterminación y al derecho internacional, en los justos términos del intercambio y en el Nuevo Orden Económico Mundial.

Basado en lo anterior, llegamos a la convicción de que en un mundo cada vez más interdependiente no es posible consolidar la democracia singular en una Nación, si todo el sistema de las relaciones internacionales no está regido por esos principios, fundamentales a la existencia y al ejercicio de una verdadera democracia.

La democracia, entonces, y la práctica política en que ésta se realiza, no puede ser fruto de una mecánica transposición, sino expresión de nuestra idiosincrasia y parte de nuestra identidad, producto de la coherencia de nuestras formas sociales y políticas, que haga posible que su existencia sea una consecuencia de ellas y no un cuerpo extraño a la realidad política y a la cultura nacional.

Es imprescindible, entonces, enfrentar un doble imperativo: uno interno, que exige la adaptación de la democracia a nuestras formas de vida, lo mismo que la superación de la constante histórica que nos identifica como una sociedad con culturas y rupturas superpuestas; y la otra externa, que plantea asumir un mundo interdependiente y transnacional, lo que exige fortalecer nuestra identidad y consolidarnos como Nación.

Debemos, pues, crear una base y un marco histórico más o menos estable que permita dar continuidad en medio de las transformaciones y que evite que a cada cambio de gobierno tengamos que negar todos los valores anteriores y recomenzar de la nada nuestra historia.

4. La historia como reafirmación o como destrucción ²¹

21 Ensayo escrito en 1988 que el autor ha querido mantener en el libro, pues independientemente que muchas de las situaciones y problemas ahí planteados han sido ya resueltos, en algunos casos en forma vertiginosa, puede ser de interés mantener las reflexiones y aproximaciones de interpretación cuando aún los acontecimientos, hoy de todos conocidos, no se habían producido y era todavía ambiguo e incierto su resultado.

El problema de la identidad

Es proverbial la desunión de los países latinoamericanos, aún en los foros y reuniones en donde los intereses regionales comunes con frecuencia se ven imposibilitados de realizarse. Lejos de la realización del sueño bolivariano de unidad, nos encontramos no sólo desunidos sino que a veces también confrontados en situaciones cuyo grado de criticidad, es variable.

Una serie de elementos podrían ser descritos en el afán de tratar de esclarecer la o las causas más de fondo del problema, pero, quizás, la más relevante, tiene relación con el hecho de la carencia de una verdadera identidad, con la ausencia de un auténtico sentido de Nación.

En América Latina el Estado, transpuesto de Europa, se construye siguiendo al modelo occidental antes de que exista la Nación.

En Europa, en cambio, el sentido de Nación, como común denominador al que convergen no pocas disimilitudes y contradicciones, subsiste antes del Estado que es su forma de organización y administración jurídico-política.

En Europa, las diferencias han logrado integrarse y las contradicciones han podido producir una síntesis; en América Latina las diferencias no se han integrado, se han superpuesto y las contradicciones siguen sin producir su síntesis.

La Nación europea que se forja en el siglo XVI, trata de formarse en los países de América Latina en el siglo XIX y en el siglo XX sin haberlo logrado del todo.

Nuestros pueblos están en una fase de ajuste del tiempo histórico, aunque claro, ni las circunstancias, ni la idiosincrasia, son las mismas, sino significativamente diferentes. En Europa, los Estados demarcaron una suerte de nacionalidad común formada de contradicciones y diferencias que hoy tratan de reencontrarse a partir de la Unión Europea. Sin perjuicio de las especificidades de cada historia y de las contradicciones y diferencias, piénsese en las dos guerras mundiales, en la división entre la Europa del Este y la del Oeste, existe una especie de denominador común que le otorga un cierto sentido de unidad. Creo que uno de los elementos de este fenómeno integrador es la forja de la cultura como síntesis y en un momento dado, la organización en forma de Estado, de las varias naciones que componen Europa. En América Latina, en cambio, el Estado se organiza sin que exista todavía plenamente la Nación.

Pero como quiera que sea, la búsqueda del Estado independiente del poder colonial de España o Portugal, es ya de por sí, una forma de expresión de la búsqueda de la Nación.

Por otra parte y por circunstancias históricas muy precisas, América Latina no ha tenido una síntesis cultural plena que defina a partir de ella su propio rostro, sino que ha experimentado una superposición de culturas: indígena, española, y los intentos de recuperación

fragmentaria para imponer una de ellas, indigenista, hispanista, europeísta.

Creo que hasta en la segunda mitad del siglo XX, una expresión de síntesis comienza a manifestarse en su literatura, sociología, filosofía, teología, pintura y poesía.

La política busca también su propio ser frente a una dominación avasallante de los Estados Unidos.

La búsqueda de nuestra cultura, expresiones e instituciones, es testimonio de esa historia tormentosa del latinoamericano abierto como pocos al mundo para tratar de encontrarse, lanzado a todos los espacios y a todos los horizontes y volcado sobre sí mismo tratando de aferrar el núcleo de su ser. Fuerzas centrífugas y centrípetas, explosión e implosión, expansión y contradicción, forman el tejido de tendencias coincidentes y contradictorias, el difícil camino de encontrarse a sí mismos y la ingente tarea de sedimentar un ser y una identidad en sólo quinientos años, para recuperar el tiempo roto por la acción de la colonia y la conquista.

La lucha por la identidad, no es sólo un problema de identificar las raíces del pasado, es sobre todo un problema del futuro, el desafío a la supervivencia como pueblos y como culturas, la consolidación de la cultura, de la Nación y de la identidad nos permitirá frente a la cibernética, la microelectrónica, la aplicación nuclear y la tecnología avanzada, poder asimilarlas mediante una adaptación tecnológica racional y además compatible con una cultura ya establecida.

Los esfuerzos de transformación en nuestra América deben responder en su raíz más profunda a esa búsqueda de la identidad y a esa reafirmación de la Nación. La Nación más que una idea o una realidad, es un sentimiento individual y colectivo intenso, más que una noción esclarecida por la razón, es una pasión, una sensación instintiva, una necesidad de seguridad, el punto de referencia, la tierra firme de un ser todavía incierto y ambiguo, el proyecto de futuro.

La reafirmación en la historia debe ser por ello en nuestro tiempo y espacio y en su sentido auténtico la forma de recuperación profunda de nuestro ser enajenado.

Ruptura, para recuperar lo permanente; cambio, para establecer la dimensión constante de cada historia que hace del pasado una entidad viva superada en el presente y no una objetividad muerta, ni un sentido condenado a resolverse en el vacío y en la nada como el tejido de Penélope o el esfuerzo de Sísifo empujando eternamente hacia arriba la roca del sacrificio que volverá a descender al fondo del abismo apenas llegada a la cumbre.

La vida de los pueblos es sucesión y contradicción, movimiento y encadenamiento de afirmaciones y negaciones y no un punto fijo, que, como luz de acero congelada, yace solitaria en el universo inmóvil de Parménides.

La dificultad de encontrar nuestra identidad y la ausencia de la Nación como realidad y sobre todo, como

proyecto, está en la raíz del problema de la unidad latinoamericana, realidad complementaria, de segundo grado y en relación dialéctica con el problema de la identidad y de la Nación.

Un doble asunto aparentemente contradictorio pero realmente complementario se ofrece ante nosotros; el problema de la Nación y al mismo tiempo el de la región.

No podemos esperar una identidad latinoamericana sin una previa reafirmación nacional.

Si América Latina debe ser una unidad de diversidades, cada una de estas diferencias debe partir, precisamente, de todo aquello que consolida y fortalece una realidad nacional.

Nuestro proceso hacia la identidad debe orientarse a la reafirmación de la Nación que es una especie de reencuentro consigo misma, la recuperación del propio rastro y del propio rostro.

Lo nacional se expande y se consolida en los aspectos que regionalmente nos son comunes. Lo asumido como valor compartido, aspiración común y destino posible de nuestros pueblos se profundiza en cada una de las realidades nacionales.

En este sentido, el concepto de Nación ha devenido, además, un conjunto de principios y de valores que subyacen como un común denominador a muchas historias

particulares, como una actitud frente a la “cultura” de la transnacionalización.

Un pueblo al cual se le mistifica su lengua, su cultura y sus formas de vida cotidiana, sea por imposición directa o por una dominación cultural más sutil, es un pueblo en fase de desaparición, pues se le adulteran los elementos en los cuales puede reconocerse.

América Latina, en su expresión específica de naciones particulares y por los caminos que cada país considera el adecuado de acuerdo a sus propias realidades, busca la reafirmación de su identidad nacional. En ese empeño, existen sin embargo, elementos que son comunes a todos los pueblos latinoamericanos y hacen de la región, sin perjuicio de las diferencias particulares, una unidad de realidades y expectativas.

El problema en su raíz es, pensamos nosotros, el problema de la identidad nacional, problema que tiene que ver con la falta de síntesis y, consecuentemente, con la superposición de expresiones culturales o con una débil retroalimentación.

La destrucción de la cultura indígena ha impedido que ejerza una acción dialéctica considerable en la elaboración de una síntesis que sea fruto de esa confrontación. Lo característico ha sido más bien la existencia de la dualidad, cultura dominante y cultura dominada más que la resultante de una nueva expresión cultural.

¿Cuál debe ser nuestra actitud ante esta situación?
 “¿Será posible -se pregunta Luis Villoro- descubrir más

allá del ser que en nosotros negamos una vida auténtica?... ¿Se concibe entonces la esperanza de que la negación del pasado enajenante haga descubrir un ser auténtico antes encubierto...?"

Las culturas precolombinas tienen, ciertamente, toda la fuerza del símbolo que asumimos para rechazar la cultura de la dominación y más que nada, la dominación por la cultura, toda la carga emotiva con la cual, trémulos, descubrimos la autenticidad de nuestro ser remoto, antes de la enajenación originaria, todo el valor político y moral que ponemos al lado del indio usurpado hasta en su propio ser y que enfrentamos contra toda suerte de dominación y manipulación contemporánea.

Por espíritu de elemental justicia hay un sentimiento de solidaridad que colocamos en el altar del indio sacrificado, melancolía del pretérito por siempre ido, fuego remoto que ilumina y abraza todas nuestras rebeldías.

No existe lucha, sacrificio y acto heroico que realice el latinoamericano de hoy que no lo haga pensando en el marginado, en los desheredados, en el indio confiscado para la historia.

Ese es el combate sin tregua que se produce todavía en el alma del latinoamericano, desgarrada entre lo europeo y lo indígena. Sin embargo, no podemos revivir nuestra autenticidad precolombina para alcanzar la identidad contemporánea. Ningún país de la América Latina de hoy puede organizar su vida civil, política y social como lo hicieron los Mayas, los Aztecas o los Incas. La sociedad indígena es un símbolo y como tal,

tiene que ser asumida. Lo contrario sería hipostasiar el símbolo en una falsa realidad. “La atribución al símbolo... de los caracteres que simboliza, -dice Luis Villoro- conduce a una forma de pensamiento mítico. Este proceso de mistificación sólo puede acontecer cuando se acepta el símbolo sin reconocer su carácter simbólico”.

Pero estas reflexiones cubren sólo un aspecto del problema, aquel dirigido al poblador blanco o mestizo de nuestras tierras latinoamericanas frente a la confrontación originaria. Queda otro, acuciante y dramático: el de los pueblos indígenas que conservan su pureza racial y formas de organización socio-política precolombina dentro de Estados-Naciones para los que son extraños y a los que nunca verdaderamente se han sentido incorporados. ¿Qué hacer? A nuestro juicio la única alternativa posible es la convergencia de expresiones culturales en un Estado multiétnico que respete y apoye esa rica variedad de formas de ser y existir: es la opción ética, social y política de la *Unidad en la Diversidad*.

Es un reconocimiento a nuestras raíces más profundas al tratar de reconocernos también en estas etnias y en el indígena en general. En el indígena que durante siglos transitó por los viejos caminos de la patria. Amigo antes que nadie de antiguos árboles y de eternos volcanes, mares, lagos, bosques y llanos. Expresión de la armonía del hombre con la naturaleza. Parte del paisaje donde forjó sus sueños bajo las estrellas de la tibia noche tropical. Donde forjó su vida y su historia en esa tierra de luz, de fuego y de amor. Al indígena que es nuestro pasado truncado, el que entendemos, no como nostalgia de un rumor de alas antiguas que posan su vuelo sobre

la melancolía; sino como semilla del presente y del futuro. Del futuro de la nueva Nación nicaragüense donde el indígena es una de sus expresiones principales. De una nueva Nación que busca desde la entraña misma de su dolor un destino de paz, de amor, y de libertad.

Descubrimiento y encubrimiento

Estos primeros quinientos años fueron los del quiebre definitivo y por la fuerza del círculo de una historia y la apertura de un tiempo vasto, inescrutable y difícil al cual hemos sido lanzados y del cual tenemos que hacernos cargo con decisión y firmeza a pesar de los desgarramientos y obstáculos. De un tiempo que es también un espacio más inmenso que el mar de Colón, en el que todavía no se avizora la tierra firme, sino sólo la línea imaginaria del horizonte que se aleja de nosotros siempre que avanzamos hacia ella.

Medio milenio en que hay que revisar hasta el sentido de las palabras, pues estas también descubren o encubren y nos estamos moviendo entre un eufemismo, “Encuentro de dos Mundos”, y una paradoja, “Descubrimiento”. El eufemismo, “Encuentro de dos Mundos”, oculta la realidad del sometimiento por la fuerza, la paradoja, “Descubrimiento” invierte los términos de la realidad, pues en verdad el indio descubre y el español encubre.

El indio descubre atónito y con horror un mundo distinto al suyo al que ha sido arrastrado por la violencia y que le es impuesto por la fuerza: lengua, religión y dioses; cultura y valores.

El español encubre el mundo que encuentra por error en su camino y de ese accidente geográfico hace un accidente de la naturaleza y destruye, mata, viola y sepulta templos y dioses dejando encubierto bajo los túmulos de la insensibilidad y la violencia el alma de un mundo diferente, su otro yo, su propia alteridad.

Hijos de padre violador y madre violada, tenemos, sin embargo, que superar nuestra naturaleza desgarrada; ir más allá del odio y la venganza, pues no hay a quien odiar ni a quien cobrar venganza. Somos nosotros mismos y al mismo tiempo el uno y el otro. Debemos hacernos cargo en forma lúcida de esa doble condición. Fundar nuestro ser y nuestra historia en la zona más transparente de la conciencia y comenzar a ser para el futuro.

Después de estos primeros 500 años, el presente sigue siendo difícil y el futuro incierto.

La postmodernidad

Nuevos problemas se agregan a los viejos no resueltos conformando un tejido de complejidades con el cual debemos enfrentar este tiempo, llamado ya por algunos la post-modernidad sin que hayamos alcanzado todavía la modernidad.

Pero ¿es necesario ser moderno para ser actual? ¿Habrá que situarse en los cánones de la postmodernidad para tener derecho al futuro? Quien sabe. Creo que para nosotros el futuro sólo tendrá sentido si logramos rescatar nuestro pasado y construir nuestro presente.

Es imprescindible antes que nada ser nosotros mismos, comprometidos con nuestra cultura, creencias y artes, con nuestra historia y con nuestra geografía, con el paisaje y con los valores que nos son comunes. Sólo si logramos consolidarnos en un común denominador podremos enfrentar nuestras propias diferencias y las contradicciones con el mundo que nos rodea (o que rodeamos nosotros desde la periferia) y con el tiempo en que vivimos. Sólo reafirmando la particularidad podremos ser universales.

Antes que nada, tenemos que hacer la crítica del desarrollo, del progreso y de la modernidad.

La fe ingenua rendida en los altares del progreso, tiene sus riesgos. La técnica se ha desarrollado en forma extraordinaria, y eso es maravilloso, pero dudo que el hombre sea hoy más humano que hace dos mil quinientos años, y eso es deplorable. No se trata de detener el desarrollo de la técnica, sino de no perder la dimensión humana en el progreso.

Se trata de no dar por sentado de manera simple y dogmática que hoy es mejor que ayer y que mañana será mejor que hoy, simplemente porque el tiempo, y con él los avances tecnológicos, ha pasado.

Es necesario superar la concepción lineal del tiempo que está en el origen de todos estos dogmas.

Para los Mayas, la concepción del tiempo era circular; para Hegel el tiempo total es el ciclo del desarrollo

del Espíritu Absoluto que sale de sí y vuelve a sí mismo. Nietzsche nos habla del Retorno Eterno.

No estamos seguros que el hombre de las capitales de la modernidad o de las metrópolis del progreso sea mejor que los hombres de la Atenas de Pericles, o que los habitantes de la sociedad Maya, o los pobladores del Imperio Azteca.

La historia humana no es una línea continua formada por la unidad de puntos sucesivos en los que unos están alineados detrás de los otros, ni una escala de numerosos peldaños en la que unos están encima de otros y así sucesivamente, estableciendo valores de superioridad para el que supuestamente está adelante o arriba.

Reafirmar nuestra identidad y con ella nuestra cultura y nuestros valores para que unidos a ellos, podamos proyectarnos universalmente, ha de ser nuestro propósito esencial, nuestro objetivo fundamental para el futuro próximo. Reafirmar los valores universales e integrarlos a nuestra cultura ha de ser un propósito esencial de nuestra reflexión y de nuestra acción, integrar lo nuestro en el plexo de valores universales que informan la postmodernidad para actuar sobre ella y contribuir a transformarla, es complemento indispensable de esa dialéctica que discurre entre lo particular y lo universal.

Tecnología e identidad

En un cierto sentido la Revolución Tecnológica corresponde al momento del análisis disociador. La sociedad misma que deriva de ella, es en su estructura,

comportamiento y valores una disociación analítica. El sentido de unidad está disperso en fragmentos; el desarrollo de la ciencia y la técnica, lo mismo que el auge de la especialización, permiten, por un lado, el conocimiento parcial de los fragmentos en que se desintegra la totalidad, pero por otra parte, esta diáspora conlleva a la desarticulación de la realidad unitaria, del concepto y del sujeto cognoscente, tanto en su relación con los objetos, como consigo mismo. La sociedad y el hombre contemporáneo viven también una crisis de síntesis. La ciencia separa para el análisis, la técnica es un producto desagregado, el hombre avanza, tal vez, en el perfeccionamiento del conocimiento del mundo pero a su vez se ve separado de sí mismo. Un microordenador es capaz de reconstruir una sinfonía de Beethoven pero no de crear a Beethoven.

El problema es entonces cómo integrar la tecnología a la vida y por eso mismo como evitar la desarticulación por la técnica. Se trata también de procurar los medios para integrar al hombre a los avances de la tecnología y evitar un retraso que pueda ser irrecuperable.

Si el análisis descompone el todo en sus partes para mejor conocer, la síntesis reunifica esas partes al todo para recobrar su razón y sentido que es su pertenencia a la unidad.

El análisis debería sólo separar para mejor unir después en su concepto y en una realidad cualitativamente más transparente y precisa. La alienación se produce cuando se toman las partes por el todo, cuando el hombre instalado en uno de los fragmentos que componen

el microcosmos en que se ha subdividido la totalidad, toma aquel como la realidad plena, pierde el sentido de unidad y crea la ilusión que aliena y deshumaniza.

El pensamiento contemporáneo debe concentrar una parte privilegiada de su labor en el esfuerzo de síntesis para recuperar el concepto de unidad para reunificar lo disperso.

Esa es también una forma de restaurar la conciencia desgarrada de nuestro tiempo, y de hacer ver que la causa de la anulación del individuo no es la técnica en sí -que es sólo instrumento- sino la estructura socioeconómica ligada a la estructura del poder político, de la cual el aparato tecnológico forma parte. Una estructura de poder represivo que se sustenta sobre la destrucción del individuo en aras del sistema y del poder, aumenta cualitativamente sus posibilidades de aniquilación cuando dispone a su servicio de medios altamente tecnificados. Pero el mal no es sólo el medio sino el poder que los usa y la intención con que se usan.

Nuestras sociedades del Tercer Mundo y en todo caso las sociedades latinoamericanas, padecen doblemente los efectos de este problema: por una parte, lo que podríamos llamar la deshumanización ontológica a consecuencia del desgarramiento y de la alienación producidas por las tendencias fragmentarias del capitalismo tecnológico; por la otra, las consecuencias socioeconómicas, políticas y culturales que se derivan de la utilización de la tecnología avanzada por los países desarrollados en beneficio de la mayor explotación, la acumulación y la acentuación de la dependencia en un

proceso en donde la técnica puesta al servicio de los poderes hegemónicos deviene los brazos y los puños para actuar y para golpear las posibilidades de reafirmación de nuestros pueblos.

¿Qué hacer ante este caso? La técnica es una maravillosa realidad, sólo que en manos de las fuerzas represivas y al servicio de los valores de la dominación deviene un instrumento mortal para nuestros pueblos y su historia. ¿De qué manera los pueblos que no han participado como protagonistas sino como sujetos dominados en el proceso histórico de la Revolución Tecnológica puedan asumirla críticamente? ¿No habrá que hacer una nueva “Meditación de la Técnica” pero a partir de la realidad y la perspectiva de los pueblos dominados y explotados? ¿No es éste un sujeto para la reflexión filosófica latinoamericana que engloba la filosofía de la historia, la filosofía política, la teoría de los valores y la ontología misma? ¿No es éste acaso un tema que nos toca y nos golpea directamente y al mismo tiempo se abre sobre un horizonte universal?

Pienso que si y pienso que eso exige con urgencia lograr la reafirmación cultural y la recuperación de la identidad para poder hacer frente, desde esa base sólida, a los problemas que la tecnología presenta a nuestros pueblos.

La recuperación nacional y la identidad cultural, son la plataforma necesaria para poder situarnos ante la Revolución Tecnológica. De lo contrario, cualquier actitud que asumamos frente a ella será suicida. Por una parte, si tratamos de ignorarla, la fractura científico-tecnoló-

gica que ya es tal vez irreversible en cuanto a las posibilidades de alcanzar el grado de creación y producción para la ciencia y la técnica, lo será también para las posibilidades de su utilización y aplicación. Por la otra, si tratamos de transferirla sin que exista una cultura consolidada, nuestras raíces históricas serán arrancadas del todo y el torrente de la revolución tecnológica arrastrará y ahogará los elementos de una cultura que aunque genial en muchas de sus expresiones y creaciones, es fragmentaria, dispersa y superpuesta.

La lucha por la identidad no es sólo un problema de identificar las raíces del pasado, es sobre todo, un problema del futuro, el desafío a la supervivencia como pueblos y como culturas. Por eso la consolidación de la cultura, de la Nación y de la identidad nos permitirá, frente a los aceleradores de la historia, particularmente frente a la cibernética, la microelectrónica, la aplicación nuclear y la tecnología avanzada, poder asimilarla mediante una adaptación tecnológica, racional y además compatible con una cultura ya establecida.

El problema político y el problema económico

Desde el punto de vista político y económico, el futuro de América Latina resulta incierto. Varios elementos habría que tener en consideración para hacer un análisis adecuado.

Factores económicos y políticos internos y externos a los países y a la región, tienen una incidencia variable sobre el problema. Aun cuando hay factores específicos, propios de la región latinoamericana, existen también

elementos que se dan en el plano mundial que afectan positiva o negativamente la situación latinoamericana.

Hay que dar una base ética más sólida al Derecho Internacional, buscar en los principios de los Derechos Humanos un valor universal sobre el cual fundar la vida moral de nuestro tiempo.

El Derecho Internacional debería ser el punto de apoyo de la comunidad mundial como alternativa única ante el horror de la posibilidad de la hecatombe económica para nuestros pueblos, o de la hecatombe cotidiana de la guerra, la muerte y la miseria.

La necesidad del Derecho Internacional como base real sobre la cual fundar la Comunidad Mundial, se vuelve hoy imperativa. Es imprescindible retomar la idea del Pacto Social de Rousseau, esta vez a nivel planetario y para la convivencia de los pueblos del mundo.

La Deuda Externa debe tratarse concertadamente por la Comunidad de Deudores Latinoamericanos y pensar, a partir del Nuevo Orden Económico Internacional, en la neutralización de los mecanismos reproductores de la crisis por la deuda.

Debe elaborarse, junto a las consideraciones económicas, políticas, militares y jurídicas, políticas nacionales y regionales, estrategias sobre recepción de tecnología que posibilite evitar el deterioro de la brecha tecnológica sin acentuar la alienación y la dependencia.

Debe modernizarse el Estado, el aparato administrativo y el derecho interno, en forma tal que dejen de ser reproductoras de la injusticia y la explotación y deven-gan factores de equilibrio, de convivencia y de justicia social.

Nuestras políticas culturales deben apuntar a la realidad interna de nuestros pueblos, sobre la base de la adecuada compatibilización de las realidades y expectativas y de los valores múltiples que integran nuestras sociedades. Pienso particularmente en la relación del Estado-Nación, tal como lo tenemos concebido y actuante con los pueblos indígenas, cuyas necesidades responden a categorías y valores diferentes de los dominantes.

Creo que estos son algunos elementos que deben estar presentes en toda reflexión sobre el futuro de América Latina. Los 500 años transcurridos son los del desgarramiento por la pérdida de la unidad originaria. El presente y los umbrales del Tercer Milenio en que estamos colocados nos presentan un mundo mucho más complejo y con mecanismos de dominación y destrucción mucho más terribles y sutiles.

El riesgo para nosotros es mucho más grave. Hasta hoy hemos tenidos la conciencia dolorosa de lo que no hemos podido ser. Pero esta conciencia negativa, es siempre un primer paso en nuestra afirmación histórica y ontológica. El peligro que ahora corremos si no pensamos y actuamos conjuntamente y con claridad

es el de la desnaturalización del ser, la disolución de la conciencia de identidad. Podemos ser asimilados sin conciencia de serlo y siempre como furgón de cola en un mundo transnacional, impersonal y deshumanizado. Tenemos que luchar contra esas tendencias y sacar adelante nuestros valores, nuestros ideales y nuestra visión del futuro.

Conclusión

Los tiempos son otros. La lengua que se impuso al indio de estas tierras es hoy nuestra. El idioma que heredamos es el mismo y es otro. Lo hemos recreado y continuamos re-creándolo en el habla cotidiana y en las grandes obras de nuestra literatura que es hoy universal. Desde Rubén Darío que abre el castellano al Modernismo y hacia un horizonte de nuevas posibilidades, hasta Cortázar y Paz, Fuentes y Borges, García Márquez y Carpentier y tantos otros que han creado un nuevo mundo de imágenes que pueblan nuestra realidad y nuestra fantasía, creando una unidad nueva y universal entre lo real y lo mágico, el pasado y el futuro, el mito y la historia, el ser y la imagen. Síntesis de razón y pasión, de exhuberancia y desgarramiento que navega de regreso en las carabelas de la literatura hacia las costas de España.